



# CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

**Natalí Incaminato**

CONICET

natalincaminato@gmail.com

## El gran extranjero: Michel Foucault en Beatriz Sarlo y Josefina Ludmer

### The Great Stranger: Michel Foucault in Beatriz Sarlo and Josefina Ludmer

#### Resumen

La crítica literaria de las décadas del ochenta y noventa en Argentina estuvo marcada por la fuerte presencia de la perspectiva de Michel Foucault, en particular por el modo en que la corriente de los Estudios Culturales leyó y sistematizó su obra. El objetivo de este artículo es analizar el lugar del autor francés en la labor crítica de dos figuras fundamentales para el campo literario argentino y latinoamericano: Josefina Ludmer y Beatriz Sarlo. A través de la indagación de algunas de sus producciones durante el periodo mencionado, daremos cuenta de una escena de la recepción de Foucault en la crítica argentina, marcada por diferendos entre ambas firmas en sus concepciones de la literatura, de la política y del Estado. Estas divergencias sostienen la posibilidad de visualizar una polémica velada que gira en torno a ciertas categorías del filósofo francés.

#### Palabras claves

*Crítica literaria, Michel Foucault, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer.*

#### Abstract

Literary criticism of the eighties and nineties in Argentina was marked by the strong presence of Michel Foucault's perspective, particularly the way in which the cultural studies read and systematized his work. The objective of this article is to analyze the place of the French author in the critical work of two fundamental figures for the Argentine and Latin American field: Josefina Ludmer and Beatriz Sarlo. Through the investigation of some of his productions during the mentioned period, we will give an account of a scene of Foucault's reception in Argentine criticism, marked by differences between both firms in their conceptions of

literature, politics and the State. These divergences support the possibility of visualizing a controversy that revolves around certain categories of the French philosopher.

#### Keywords

*Literary criticism, Michel Foucault, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer.*

Buena parte de la centralidad de Beatriz Sarlo y de Josefina Ludmer en la crítica literaria argentina radica en sus aportes a la renovación teórica, a partir de la importación de diversas perspectivas y autores, algunos de los cuales ambas comparten, como es el caso de los formalistas rusos, y las figuras de Roland Barthes y Mijail Bajtín. Además de los mencionados, Sarlo lee, enseña y divulga a Walter Benjamin, Theodor Adorno, Pierre Bourdieu y Raymond Williams. Por su parte, Josefina Ludmer enseña y construye “máquinas” de lectura desde varias teorías, pero son fundamentales las miradas de Julia Kristeva, Jacques Derrida, Michel Foucault, Gilles Deleuze, Giorgio Agamben y Paolo Virno. En una primera aproximación es evidente que, exceptuando a Barthes, la llamada corriente “postestructuralista” o la “*french theory*” es mucho más relevante en los trabajos de Ludmer que en los de Sarlo. El objetivo de este artículo es analizar el lugar de Michel Foucault en la labor crítica de ambas durante fines de la década del ochenta y la década del noventa. La indagación permitirá dar cuenta de una escena de la recepción de Foucault en la crítica argentina, marcada por concepciones de la literatura y por diferendos teóricos y políticos que deben ser revisados para comprender algunas torsiones y lecturas sesgadas que, no obstante, fueron productivas para sostener una polémica velada en torno a ciertas categorías del filósofo francés.

La mencionada recepción de Foucault en Argentina tiene ciertas características específicas durante el periodo que hemos recortado, vinculadas especialmente con la inclusión de la perspectiva foucaultiana de los Estudios Culturales en su versión norteamericana, corriente que se difunde en la academia

argentina y en ciertas zonas de la crítica en los ochenta y noventa. Según François Cusset, en la lectura norteamericana de Foucault el par “Saber y Poder” tuvo una posición mucho más central que en la propia perspectiva del autor y es visto como la puerta de entrada a toda su obra. De la mano de esos conceptos, los “Estudios Culturales” o “Estudios de minorías” se concentran a menudo en el “desenmascaramiento” o “deslegitimación” de alguna forma de poder que “marginaliza” a un grupo oprimido, todo lo cual constituye un desvío de Foucault (279). Estos usos recibieron críticas incluso en sus años de auge; Simon During, en 1992, señaló que varios de esos trabajos se concentran en el poder moderno y demuestran “how that power was reflected by, or structurally enacted in, particular texts or oeuvres” (192). Sin quitar la utilidad o el interés de estas investigaciones, During plantea que el propio abordaje sabe de antemano el punto de llegada y pasa de forma demasiado segura de la Historia a la escritura, al comenzar con una teoría sobre una época histórica y luego examinar sus productos sin reparar lo suficiente en las especificidades de los textos literarios. Aún con estas torsiones y cuestionamientos, Michel Foucault fue canonizado en varias de las líneas de los *Cultural studies*: las “políticas de la identidad”, los estudios poscoloniales y, de forma muy productiva, en los estudios de género.

Tanto la expansión de la lectura de Foucault en el marco de los Estudios Culturales como sus críticas impactaron de manera particular en Argentina durante la década de 1990. En el ámbito editorial surge la serie “Estudios culturales” en Beatriz Viterbo editora, allí se publica en 1995 *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871-1914)* de Jorge Salessi, un libro clave en el uso de Foucault como perspectiva para leer a la literatura. La relevancia que han tenido las formulaciones foucaultianas ajenas a la cuestión de la escritura y la literatura en estos años fue notada por el crítico y profesor universitario Jorge Panesi en 1995, quien afirma: “Extraño caso para la crítica literaria actual, o paradoja para los críticos: la crítica orientada hacia los estudios culturales se ha vuelto historiadora,

archivera, desempolvadora de mamotretos. Se ha vuelto foucaultiana, sin pensar y reprimiendo su vertiente literaria” (“Política y ficción” 6).

Este contexto explica algunas de las notas y tensiones de los usos de Foucault en Sarlo y Ludmer y, asimismo, sus disputas en el campo de la crítica argentina. En principio, desarrollaremos el lugar que tiene el autor francés en las intervenciones de la primera; algunas posiciones que plantea nos permitirán luego analizar los usos de Foucault en Ludmer y demostrar las divergencias entre ambas con respecto a sus concepciones de la literatura, la política y la teoría. Los antagonismos entre estas dos firmas críticas han sido objeto de algunos trabajos: “Estudios de género: dos mujeres en pugna en la crítica literaria argentina”, de Marcela Croce, considera que la divergencia principal radica en la elección de Sarlo del “rastreo de cuestiones sociales y políticas en los textos, para virar progresivamente a los estudios culturales en los años 90”. Ludmer, en cambio, “habría comenzado con una perspectiva estructuralista que se fue ajustando, aunque siempre privilegiando los aspectos inmanentes y las significaciones múltiples de los textos” (71). A partir de esta oposición, Croce asegura que Ludmer representa un apartamiento notorio respecto de la línea de crítica social y cultural practicada por Sarlo. Desde nuestra perspectiva, no es este apartamiento lo que explica los diferendos entre ambas: si bien es verdad que el corpus en los libros de Ludmer es eminentemente literario y en *La máquina cultural* de Sarlo se trabajan otros problemas y discursos, la primera no se considera lejos de los Estudios Culturales (tal como veremos) y tampoco es ajena a la lectura de aspectos sociales y políticos en los textos. Las diferencias fundamentales radican en qué autores recuperan de los incluidos en la amplia corriente de los llamados “Estudios Culturales”, cómo interpretan esas teorías y en los modos en que definen lo político en un contexto de debates sobre el lugar del Estado.

Para comprender este diferendo, es fundamental el análisis que realiza Miguel Dalmaroni en *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960-2002* sobre las condiciones históricas, culturales y políticas en las que ambas configuraron sus intervenciones. Según el autor, el libro *El cuerpo del*



*delito* de Ludmer ejerce una crítica política de los dispositivos culturales de la dominación ejercida por una coalición de intelectuales, en tanto parte del Estado moderno argentino; una mirada crítica similar se configura en *El género gauchesco*. Estas lecturas forman parte de un momento específico de la crítica literaria y cultural argentina, los años ochenta y los noventa, marcado por la preocupación y el estudio de las relaciones entre literatura, cultura, y Estado. Tal como reconstruye Dalmaroni, la relevancia de estos problemas se debió, entre otras razones, a la importancia de la orientación de ciertas corrientes de la sociología, la historiografía y la crítica cultural hacia los problemas de las culturas populares y de la ciudad moderna, corrientes que incluyen a los autores clásicos del culturalismo inglés y de los llamados “Estudios Culturales”. Asimismo, fue muy importante la transformación del Estado a raíz de los cambios neoliberales, que en Argentina incluyó la reforma del sistema educativo a mediados de los noventa. Por último, es destacable la relevancia de los debates acerca de la recuperación de la “esfera pública” a partir del fin de la dictadura, y las revisiones de la cultura y la literatura latinoamericanas de fines del siglo XIX, el momento de emergencia del Estado-nación moderno (Dalmaroni 105).

### **Literatura, política y valor: Michel Foucault en Beatriz Sarlo**

En las clases y libros de Sarlo elaborados durante la década del ochenta, Michel Foucault se cita como una perspectiva productiva para pensar problemas vinculados con la escritura y con la literatura. En la reedición correspondiente al año 1983 de *Literatura /Sociedad*, libro escrito junto a Carlos Altamirano y originalmente publicado en 1977, se agrega a la edición original una zona en el capítulo III destinada a la cuestión del autor. Allí se retoman las preguntas que Foucault efectúa en “¿Qué es un autor?” sobre el estatuto de quién habla, su singularidad y derecho de pronunciar ciertos discursos.

Estas preguntas resumen, según Altamirano y Sarlo, la problemática del autor considerada desde “el punto de vista sociológico”: a través de una reapropiación de los interrogantes foucaultianos, proponen que “la cuestión del autor sólo puede ser adecuadamente aprehendida si se lo sitúa en un sistema de relaciones sociales e ideológicas, institucionales e informales, variables históricamente”; en determinadas sociedades y culturas, a partir de cierto momento histórico, los discursos literarios reclaman la función autor. Dicha dependencia del autor, agregan, “tienen como premisa histórica el proceso de disgregación del orden social, económico y religioso medieval que desembocará en el establecimiento de la sociedad burguesa moderna” (113). Aquí, Altamirano y Sarlo leen a Foucault desde una matriz sociológica que lo conecta con estudios de raigambre marxista, con los que el francés es articulado sin fisuras.

Este mismo tipo de conjunción entre Foucault y perspectivas de cuño marxista, específicamente Raymond Williams, es crucial en tres clases sobre literatura argentina que Sarlo dicta en la Universidad Nacional de Buenos Aires durante 1986. Para enseñar la obra de Roberto Arlt, trabaja la “autorización de la voz del autor” a partir de *Vigilar y castigar, Historia de la sexualidad y Arqueología del saber* de Foucault, desde los cuales propondrá una serie de hipótesis, cuya operación radica en visualizar distintas concepciones del poder en los personajes de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*. En el desarrollo de su lectura, además de explicar las tesis centrales de los libros del francés, Sarlo propone una conexión entre las disciplinas como productoras de anormalidad, la reglamentación de la sexualidad y el lugar de lo anómalo y la enfermedad en las novelas citadas de Arlt. La lectura de *La arqueología del saber* le permite recuperar la noción foucaultiana de “formación discursiva” y la relación entre sujetos y objetos del saber para pensar las distintas posiciones de los personajes novelescos y sus saberes: “El vínculo entre Saber y Poder es constitutivo en Arlt: las relaciones diferentes entre los objetos y los sujetos del saber; las relaciones institucionales del saber, siempre asimétricas; las relaciones en que se lucha por alterar esa asimetría” (Sarlo, *Clases* 27). En un nivel de lectura, todos los personajes se vinculan con estos



problemas, pero también la propia figura de Arlt es leída en su “relación asimétrica con los saberes”, su posición de incomodidad ante los saberes de la lengua y la escritura, configurada en prólogos y textos autobiográficos; las formulaciones de *La arqueología del saber* fundamentan la explicación de la autorización de la voz del escritor. La mencionada articulación teórica con Raymond Williams que, como veremos, es llamativa a la luz de posicionamientos posteriores, se da en una hipótesis de lectura de *Los siete locos*: Sarlo afirma que la novela “tematiza” distintas formas de poder: no solo las del “poder político-ideológico” sino también las del poder sexual, y propone “vincular esas formas a una estructura de sentimiento” del periodo de ascenso del fascismo y el nazismo en el que se publica la novela (*Clases* 32). Esta hipótesis propone la categoría williamsiana para pensar las ideas de Arlt no como simplemente del lado de la ideología fascista, sino como partícipes de “tópicos ideológicos” que atraviesan a distintos sectores de la sociedad, sacudidos por la “crisis de representatividad institucional”. Ante dicha crisis, *Los siete locos* “responde” al buscar otras formas de organización del poder, e intenta “resolver” en un “ideograma” la “relación entre un sector despojado del poder y ese mismo sector constituido de una manera fantástica, simbólica, en un actor con poder” (Sarlo, *Clases* 38).

De esta manera, la lectura en clave foucaultiana del saber y del poder en Arlt como autor y en los personajes de sus novelas se articula con la noción de “estructura de sentimientos” para describir el modo en el que *Los siete locos* articula discursos, ideologías, distintas resoluciones y contradicciones. Las conocidas diferencias teóricas entre Williams y Foucault no se muestran como un problema, ni se tematizan en la clase como divergencias a pensar: en la lectura de Arlt, Sarlo conecta la categoría de “ideología”, de la que se ha separado Michel Foucault, con las formulaciones de *Vigilar y castigar*, *Historia de la sexualidad* y *Arqueología del saber*.

El uso de algunas categorías de *La arqueología del saber* en relación con Arlt retorna, aunque a partir de una referencia menor, en *Una modernidad periférica* de 1988. Allí, plantea que el escritor se relaciona con ciertos saberes a

partir del problema de la "autorización de la voz autorial", para lo cual recurre a espacios y discursos para-institucionales donde encuentra "un orden legítimo" (Sarlo *Una modernidad* 56). De este modo, el orden simbólico de sus novelas configura una "formación discursiva", a partir del léxico de la química, la física, la geometría, la electricidad y el magnetismo que le proporcionan una enciclopedia para representar la subjetividad y el paisaje. Finalmente, Sarlo se vale de *La arqueología del saber* para pensar las posibilidades de una Historia literaria que recupere el problema de la diseminación de los saberes en la literatura, en un trabajo leído en las III Jornadas Nacionales del Comité Internacional de Ciencias Históricas en el año 1990.

En contraste con estos usos de Foucault, en la década del noventa se efectúa un viraje y los aportes foucaultianos se tornarán negativos en la mirada de Sarlo. En su artículo "Los Estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa", de 1997, plantea que vivimos entre las ruinas de la "revolución foucauldiana" (sic) y el consecuente aprendizaje del inevitable ejercicio de poder toda vez que hay discurso, con lo cual no se podría seguir hablando de los textos literarios sin examinar las relaciones de poder que encubren e imponen con la eficacia de una "máquina de guerra" (37). Sarlo prosigue y menciona una supuesta corrección de Michel de Certeau al "primer Foucault", según la cual no solo hay poder en donde hay discurso, sino también estrategias de lectura en tanto respuestas activas. En un artículo anterior publicado en *Punto de Vista*, "Raymond Williams: una relectura" (1993), la autora ya había marcado su distancia teórica con cierta recepción de Foucault, según la cual "el poder del saber y de los aparatos ideológicos, que era el poder de las clases dominantes, operaba sin fisuras sobre y detrás de los actores sociales", lectura reduccionista pero que "el propio Foucault hacía posible". Ante esa mirada, la lectura de Williams en Argentina fue, según Sarlo, "un desvío hacia afuera de la ideología francesa" (12). Estos planteos son llamativos por su contraste con los usos teóricos que exploramos anteriormente: si antes Foucault y Williams podían articularse en una lectura literaria, en los noventa



se contraponen y el autor inglés se visualiza como una salvaguarda de las lecturas reductoras de las que Foucault no es del todo inocente.

Para comprender este cambio de valoraciones entre la década del ochenta y del noventa, es necesario considerar los modos en que Sarlo interpreta las posturas del autor francés con respecto a la literatura. En su obra, tal como se ha propuesto en numerosos estudios (During, O’Leary, Revel), existe a partir de los setenta un abandono de la “sacralización” de la literatura (Pol Droit 62) y el lugar que la misma ocupa en trabajos como *Vigilar y castigar* o *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* está subordinado a las modificaciones históricas de los dispositivos de poder y saber. Sin embargo, la idea del texto literario como mera imposición del “poder” es ajena a la mirada de Foucault, así como también la reducción del “poder” al discurso. Asimismo, y aún más relevante para visualizar el tenor de la lectura sesgada de Sarlo, las “resistencias” son parte constitutivas del poder. Estos sesgos, no obstante, pueden comprenderse a la luz del modo en que Foucault fue leído en los Estudios Culturales y la posición contraria de Sarlo ante estas aproximaciones. El libro *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871-1914)* de Jorge Salessi, por ejemplo, realiza una investigación en la que la literatura se subsume a los dispositivos de control, a las disciplinas de la higiene que configuraron representaciones clasificatorias y estigmatizantes de raza y sexualidad. Este título es relevante como paradigma del tipo de estudios que cuestiona Sarlo y, en general, *Punto de vista*, publicación en la que María Teresa Gramuglio escribió en 1998 una reseña negativa sobre la investigación de Salessi.

Estas discusiones teóricas y críticas dentro de los estudios literarios, pero también otras vinculadas principalmente con el campo disciplinar de la educación, forman el marco en que debe leerse la mención de Foucault en *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas* de Sarlo, publicado en 1998. Uno de sus capítulos, “Cabezas rapadas y cintas argentinas” está dedicado a la maestra Rosa

del Río, figura<sup>1</sup> mediante la cual se indaga el “normalismo”; tal como se denominó al diseño estatal de un sistema de Escuelas Normales y una burocracia nacional destinada a formar maestras y maestros que tuvo vigencia entre 1870 y 1970 (Rodríguez 201). El capítulo inicia con la construcción de una primera persona que corresponde a Rosa del Río, quien narra sus prácticas docentes. En una de las jornadas escolares, se cuenta, la maestra rapó a sus alumnos. Ante el episodio, Sarlo cuestiona en un epílogo del capítulo la lisa y llana “condena moral”; en cambio, propone la escucha de las razones sociales, culturales e históricas de sus actos y afirma:

la maestra dirigió esa mañana una operación de violencia material y simbólica que parece especialmente inventada para que le adosemos algunas citas de Foucault y la mandemos directamente al infierno. Eso sería bastante sencillo. Preferí hacer otra cosa. Estaba tan claro el carácter autoritario del episodio, que violentaba de modo tan abierto los principios de respeto presentes en el ideario explícito de la escuela, que se me ocurrió tomar la voz y la perspectiva de la maestra para ver si se entendía algo más que una equivocación insensata y desbordante de ideología. (*La máquina* 209)

La mención a Foucault en la cita va en línea con sus señalamientos en *Punto de vista*: su uso implica simplificación y denuncia de un poder sin fisuras. En las intenciones de complejización, de búsqueda de lo que “no cerraba del todo” (210) o lo no imaginable, Foucault se presenta como un obstáculo epistemológico en la indagación, que busca recuperar la voz de la maestra normal para “reinsertar esas frases en su suelo social y cultural” (211). Para ello, además del recurso de una narración en primera persona, Sarlo recurre a una selección de fragmentos

---

<sup>1</sup> La maestra, Rosa del Río, es tía de Sarlo, aunque el libro no aclara este parentesco. Para una lectura sobre el tenor biográfico del apartado que aquí trabajamos, ver el artículo de Judith Podlubne “Biografiar a Beatriz Sarlo”. *Revista Maracanan*, no. 22, 2019, pp. 164-180.

procedentes de libros de lectura, informes de política educativa y artículos de *El Monitor de la Educación Común*, revista fundada por Domingo Faustino Sarmiento en 1881. Estos documentos, junto con una serie de datos y fechas relevantes sobre el normalismo, cumplen la función de restablecer el mentado suelo social y cultural de la voz de la maestra protagonista, a través de los textos que la formaron.

En su abordaje del episodio, Sarlo polemiza con algunas formas de la intensa recepción de Foucault en el ámbito educativo argentino. Tal como explica Mariana Canavese (2020), a partir de los años noventa el autor gana terreno en los estudios sobre educación, especialmente los planteos de *La arqueología del saber* y *Vigilar y castigar*, desde los cuales se analizan las instituciones, la autoridad y el control en las aulas y la pedagogía en general. Desde el campo educativo, la especialista Inés Dussel visualiza una línea de recepción muy fuerte a la que llama “hipótesis disciplinaria”, según la cual “la escuela es una institución disciplinaria, represiva, que no hay lugar para la libertad, para la resistencia, que regula absolutamente todo, que es una especie de caja inerte, sin vida, que la ausencia de actores es muy marcada” (23). Dussel discute esta aproximación y recuerda que los planteos de *Vigilar y castigar*, particularmente, exceden la mera denuncia a la escuela represiva y la visión dual y moralista entre “buenos” y “malos”. Sin embargo, este modo de recepción de Foucault es al que Sarlo refiere en su defensa de la maestra ante la condena sin fisuras, defensa que se subsume a una apuesta política: visualizar en la empresa del normalismo un relativo “avance” cultural, una dimensión positiva de ese proyecto estatal. La maestra protagonista del capítulo, Rosa del Río, fue una hija de inmigrantes que frente a la pobreza simbólica de su hogar “encontró en la escuela un mundo de relativa abundancia simbólica” (*La máquina* 49). Sarlo no cuestiona esa ganancia simbólica y recuerda que “La escuela era una máquina de imposición de identidades, pero también extendía un pasaporte a condiciones mejores de existencia” (52). El procedimiento que consiste en hacer hablar a la maestra y “recuperar” su voz se vincula con la búsqueda de lo “inimaginable” para la propia Sarlo aunque, gracias a una reposición de la voz crítica, lo que no se puede imaginar convive con un collage crítico que conoce lo

que la voz de la maestra no sabe, tal como se explica en el epílogo: “Frase a frase he sido completamente fiel a lo que ella decía. Pero lo que ella decía fue mi material, el material del relato que yo he cortado y compuesto con su voz. Ella, de todas formas, *estaba presa de esas palabras porque no tenía otras*” (211). La reposición del contexto histórico y social funciona como una comprensión y simpatía “piadosa” de la voz crítica ante la experiencia de la maestra. Dicha simpatía, además, se manifiesta a partir de cierto gusto “literario”: las palabras de Rosa del Río son “nítidas”, “inteligentes”; las exageraciones, extravagancias patrióticas y devaneos estéticos de la maestra la hacían “interesante” y además “contaba bien, con precisión y colorido” (211-212), rasgos que, incluso, son vinculados con la obra de Victoria Ocampo, el personaje del segundo capítulo.

Sin embargo, aún con la complejización y la simpatía, Sarlo no deja de ver a la maestra como un sujeto alineado a una política estatal. En el epílogo, se desarrolla cómo Rosa del Río es un “producto del normalismo” y “un robot estatal” que se identifica poco críticamente con los objetivos de la institución de la que forma parte. Este tipo de afirmaciones atenúan el rechazo de una lectura foucaultiana, y llevan a considerar que Sarlo cuestiona esa perspectiva por encontrarla demasiado condenatoria y poco reivindicativa de los aspectos comprensibles o valorables del proyecto educativo estatal del normalismo. La escena de la maestra rapando a sus alumnos, dice Sarlo, puede ser leída en términos de “la realización práctica de un bloque sólido de ideas y prejuicios: racismo, higienismo autoritario, ausencia de todo respeto por la integridad y privacidad de los alumnos que el Estado y las familias le habían confiado esa misma mañana del primer día de clase”, pero habría que considerar, según su lectura, que esa invasión de la privacidad de los cuerpos “no podía ser vista entonces del modo en que nos escandaliza hoy”, dado que los principios de higiene como exteriorización física de las cualidades formaban parte de una cultura difusa y difundida, con lo cual, este tipo de intromisiones autoritarias estaban autorizadas socialmente (Sarlo, *La máquina* 55). Este tipo de planteos no tienen por qué ser ajenos a una indagación foucaultiana, dado que el autor insiste en que el poder disciplinar es productivo y



la microfísica del poder implica su reticulación y la resistencia (Foucault, *Surveiller* 31). Por lo tanto, el rechazo de Foucault se vincula con un modo de interpretación particular, que ve en los usos del francés un obstáculo no solo para la complejización de la historia cultural, sino también para la reivindicación de los aciertos del Estado, su eficacia simbólica y material.

La lectura de Sarlo parece tener como horizonte polémico a un texto clave para la historia de la educación en Argentina: el libro de Adriana Puiggrós *Sujetos, disciplina y currículum en los orígenes del sistema educativo argentino (1885 – 1916)*, publicado en 1990. Se trata de una investigación en la que el marco teórico foucaultiano es fundamental, especialmente las categorías e indagaciones sobre el poder disciplinar y la normalización de *Vigilar y castigar*. Puiggrós realiza un trabajo de archivo de los mismos documentos que recorre Sarlo, pero su indagación acentúa el problema de la "normalización" de los sujetos educativos, el rol de las técnicas de control de los cuerpos y el carácter mecánico y burocrático de la pedagogía normalizadora. Desde esta perspectiva, la especialista indaga el proyecto de la escuela normal y su vínculo con los proyectos higienistas de la época; su hipótesis fundamental es que las técnicas de vigilancia de la higiene, el sexo y la moral de las escuelas se articulan con el control social de los individuos, la corrección de las "desviaciones" y con el ejercicio de escisiones de sectores sociales: de clase, de género y de ubicación territorial. Es claro cómo Sarlo contrapone a esta lectura de la escuela como dispositivo de control una serie de consideraciones sobre la escuela como universo de ganancia simbólica y de ascenso social, como una cultura eficaz en su poder de integración de los inmigrantes. Mientras Puiggrós afirma que, mediante la pedagogía ortopédica del normalismo, el liberalismo oligárquico argentino intentaba establecer un sistema de distancias inamovibles entre las clases sociales, entre géneros y entre niveles de "inteligencia", Sarlo opone que la escuela normal significó movilidad y quiebre de las determinaciones; el normalismo implicó, además de una máquina de imposición de identidades, la mejora de las condiciones de existencia y la posibilidad de emancipación de las mujeres, a través de una independencia material y simbólica

(Sarlo, *La máquina* 53-54). Asimismo, mientras que en la perspectiva de Puiggrós el maestro es un agente homogeneizador y vigilante de los alumnos que deben ser obedientes y reeducados ante una serie de desviaciones en el plano físico, intelectual o moral, Sarlo reivindica la diversificación y enriquecimiento del mundo simbólico de los alumnos y de las maestras de las escuelas normales. Para Puiggrós, la función del sistema educativo moderno fue homogeneizar y dividir, para Sarlo, enriquecer e integrar. La escuela era atractiva incluso cuando disciplinaba, nos dice el relato de Rosa del Río.

Estos planteos suponen una lectura opuesta del Estado y su rol a fines del siglo XIX y principios del XX, y una consecuente evaluación distinta sobre el presente de la educación en el que las especialistas escriben: según Puiggrós, el sistema educativo argentino quedó tempranamente sellado por un grupo conservador cuya intención fundamental era lograr la “normalización”, y la decadencia de este sistema en la última década del siglo XX es un síntoma de la incapacidad de las clases dirigentes argentinas para establecer una hegemonía. En contrapartida, para Sarlo la escuela normal da cuenta de una eficacia del Estado, de su rol activo y audaz en la configuración de una cultura unificada, poco respetuosa de los pluralismos, pero, al mismo tiempo, eficaz en la incorporación a la ciudadanía y al mundo del trabajo, rasgos que, afirma, parecen increíbles “hoy”, esto es, los noventa, década marcada por políticas neoliberales en Argentina, tendientes a la disminución del volumen, la legitimidad y las capacidades del Estado.

El recorrido de este contrapunto nos permite afirmar que la crítica a la perspectiva de Foucault en *La máquina cultural* evidencia cómo Sarlo evalúa al autor desde algunos de sus usos, en un contexto de debates específicos, y no desde un análisis riguroso de su obra. Desde este marco, Foucault se le presenta como un autor que no permite abordar las mediaciones y los desvíos positivos de los proyectos disciplinadores del Estado. Tal como desarrollaremos en la tercera parte de este trabajo, este es un punto clave en las diferencias entre las indagaciones de Sarlo y de Ludmer, aunque ambas se puedan vincular con los Estudios Culturales

y con un intento de reivindicar puntos de vista, voces y personajes de los sectores populares.

### **Michel Foucault en *El género gauchesco* y *El cuerpo del delito* de Josefina Ludmer: “poder” y “resistencia”**

Los usos de Foucault en los libros de Josefina Ludmer son muy importantes en *El género gauchesco* publicado en 1988 y en *El cuerpo del delito*, de 1999.<sup>2</sup> Los trabajos foucaultianos que Ludmer cita son, fundamentalmente, *Vigilar y castigar* y *Microfísica del poder*; de ellos recupera ciertas cuestiones fundamentales: *El género gauchesco* retoma la idea del pasaje de legalidades que afecta a los sujetos populares en la historia argentina del siglo XIX y la importancia del uso de los cuerpos mediante las disciplinas y las resistencias en la literatura gauchesca. En *El cuerpo del delito*, Ludmer recupera el vínculo foucaultiano entre saber y poder en el “mapeo” de la vida privada y la configuración de las diferencias sociales y sexuales en varios “cuentos de delito” de fines del siglo XIX y principios del XX. Estas ideas de Foucault están atravesadas por dos grandes dimensiones que atañen al sincretismo de Ludmer: por un lado, la recurrencia al Estado como instancia privilegiada y central (lo cual constituye un desvío del pensamiento foucaultiano), y por otro lado, la importancia de la ambivalencia y la indecidibilidad del sentido en la literatura, que retoma principalmente de los planteos de Jacques Derrida.<sup>3</sup> En parte debido a esta segunda dimensión, la literatura en los libros de Ludmer no se subsume sin más al dispositivo de control, a diferencia de los estudios que desde un marco teórico foucaultiano la consideran como parte del poder, tal como

<sup>2</sup> La influencia de Foucault ha sido poco notada y analizada por los trabajos dedicados a *El género gauchesco* (Montaldo, Speranza y Jarkowsky, 1990; Rosa, 1999; Dalmaroni, 2004).

<sup>3</sup> Para un análisis de la importancia de la perspectiva derrideana en Ludmer remitimos a Incaminato, Natalí. “Jacques Derrida en Josefina Ludmer. *Clases 1985* y *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria: ley, límite, indecidibilidad y autorreferencia*”. *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 21, no. 2, 173-200.

cuestiona Sarlo. Por este motivo, Ludmer se vincula con los Estudios Culturales de forma crítica y por momentos distanciada: oscila entre la visualización de algunas obras como parte de los discursos creados por las clases dominantes y su lectura como textos ambivalentes en cuanto a su sentido, incluso, a veces, privilegiados en cuanto a las “verdades” sobre el poder que pueden implicar. La primera dimensión, la relevancia del Estado y la consecuente torsión de Foucault, es expresada por la propia autora:

Yo me acuerdo que en la época en se empezó a leer Foucault a mí la idea de un poder descentrado no me convencía. Aquí, durante la dictadura, el poder estaba totalmente centrado. Entonces ¿cómo se lo podía discutir? ¿Qué tipo de productividad tenían esas ideas? ¿Cómo podríamos repensar lo nuestro a partir de eso? (Moreno, 2001)

Este movimiento interpretativo se cristaliza en la centralidad de los escritores de las élites en su vínculo con el Estado, en tanto parte de la clase dominante, tanto en *El género gauchesco* como en *El cuerpo del delito*. En el primer título, Ludmer se refiere a *Vigilar y castigar* (1976).<sup>4</sup> Ya en sus clases de un seminario de 1985, dictado en la Universidad de Buenos Aires, afirma que en toda la gauchesca, pero especialmente en el *Martín Fierro*, de lo único que se habla es de la ley, la confrontación de una ley consuetudinaria a una ley escrita de la ciudad (Ludmer, *Clases 1985* 277). Estos cambios en la ley son consustanciales a la utilización política del gaucho como delincuente; la gauchesca, en tanto género, limita con la ilegalidad popular. La delincuencia es pensada como un efecto de diferencia entre dos ordenamientos jurídicos y responde a una necesidad de uso de

---

<sup>4</sup> Una de las observaciones sobre la importancia de Foucault en *El género gauchesco* proviene de Eduardo Rinesi, quien señala: “En el libro hay una especie de foucaultismo de base muy fuerte”.(Rinesi y González 85) La propia autora, con motivo de la reedición del libro en 2012, afirmó: “Lo veo fresco, incluso ahí utilizo el concepto de biopolítica, el uso de los cuerpos. Por supuesto, para entonces yo había leído todo Foucault y Bajtin, que son los pilares de este libro. Foucault y su modo de ver la historia y Bajtin con la voz y las posiciones, y ahí entraron los dos en ese tema nacional” (Bellotti, 2012).



los cuerpos como mano de obra para los hacendados y soldados para el ejército. Asimismo, la gauchesca es la cultura letrada que usa el registro oral y la utilización de ese mismo género busca “integrar a los gauchos a la ley ‘civilizada’ (liberal y estatal)” (Ludmer, *El género* 18). Esta dimensión del género como parte de la construcción de lo político se nutre de varias ideas presentes en *Vigilar y castigar*, especialmente de ciertos rasgos del poder disciplinario. Los métodos de este poder, las disciplinas, permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad. El modo en que estos cuerpos dóciles se utilizan en relación con los ilegalismos populares en Francia, según este libro, se vincula con su administración y explotación por parte de las clases dominantes. Hacia fines del siglo XVIII, las nuevas formas del derecho, los rigores de la reglamentación, las exigencias del Estado y de los propietarios, y las mejoras técnicas de vigilancia multiplican las ocasiones de delito. Luego, en el siglo XIX, se establece una especie de ilegalismo subordinado; la delincuencia es un instrumento en el ejercicio mismo del poder. De este modo, la delincuencia representa una desviación de ilegalismo para los circuitos de provecho y de poder ilícitos de la clase dominante (Foucault, *Surveiller* 451).

Estas tesis sobre la delincuencia y el provecho por parte de la clase dominante son parte del modo en que Ludmer analiza la gauchesca (aunque las abstrae, claramente, de algunos de los fenómenos históricos europeos que Foucault menciona) y también es clave la idea de la poesía gauchesca como “institución disciplinaria” que se imbrica con el ejército, dado que la voz del gaucho se codifica y se sujeta a una serie de convenciones formales, métricas y rítmicas, por lo tanto “pasa ella también por una institución disciplinaria, la poesía escrita, como el gaucho por el ejército, y se transforma en signo literario. Las dos instituciones, ejército y poesía, se abrazan y complementan” (Ludmer, *El género* 18).

El estatuto de la poesía como “institución disciplinaria” apuntaría a la dimensión de la gauchesca como complementaria al uso de los cuerpos de los gauchos, y por lo tanto a la convergencia entre la literatura, el poder y el Estado.

Tal como señala Diego Peller, se configura una “ecuación anarquista Lengua-Ley-Estado-Poder” que recupera algunas nociones de Althusser:

podría rastrearse la persistencia de Althusser, cuyas ideas fueron centrales en la concepción de la crítica como develamiento ideológico en *Los Libros* [...] Althusser retornará en los '80, colándose entre las grietas de otros vocabularios más acordes con el “aire de los tiempos”. Así ocurre en *Un tratado sobre la patria*, donde aunque el marco teórico declarado sea la noción wittgensteiniana de uso (usos del gaucho y de la voz del gaucho en la literatura gauchesca), el análisis se llevará a cabo en términos de interpelación del gaucho en sujeto por el aparato de estado argentino. (Peller 108)

Estos usos de las ideas foucaultianas, dentro de una configuración que las asocia a nociones de otros autores como Althusser, incongruentes con la perspectiva del autor de *Vigilar y castigar*,<sup>5</sup> van en línea con ciertos modos en los que ha sido reapropiado el autor francés dentro de los Estudios Culturales, tal como hemos visto a propósito de los cuestionamientos de Sarlo: la literatura se subsume a las relaciones de poder, es parte de un dispositivo disciplinar de dominación. Si bien esta dimensión es indiscutible, la lectura de Ludmer no reduce el lugar de la literatura a mero dispositivo de poder; la gauchesca se define, además, por la ambivalencia, la doble faceta, los sentidos oscilantes y la indecidibilidad. Esa posibilidad de leer las tensiones y las aporías en el sentido desestabiliza la

<sup>5</sup> En el primer tomo de la *Historia de la sexualidad*, Foucault propone una serie de “axiomas” del poder: en principio, no se trata de un conjunto de instituciones y aparatos que garantizan la sujeción de los ciudadanos de un estado determinado. Es por este motivo que nociones como “Aparato de Estado” de Althusser resultan demasiado amplias y abstractas para designar a esos poderes minúsculos, capilares, que se ejercen sobre el cuerpo, el comportamiento, los gestos y el tiempo de los individuos; lo que Foucault llama la “microphysique du pouvoir”, microfísica del poder. (*Surveiller* 31). La crítica política del Estado, según el autor, no permite poner de relieve la circulación del poder en la totalidad del cuerpo social y sus distintas aplicaciones específicas, con sus fenómenos variables de sujeción y de subjetivación.

concepción de la literatura como discurso de control; para Ludmer, “lo que importa para la literatura es la indefinición, la discrepancia” (*El género* 29).

Estas dos grandes líneas de lectura se encuentran también en *El cuerpo del delito*, de 1999. En la línea que une literatura y poder, el libro inicia con la fecha de 1880 como punto de surgimiento de escritores jóvenes, caracterizados como la “coalición cultural del nuevo Estado” (Ludmer, *El cuerpo* 25). Los escritores del Estado liberal representan la vida privada como totalmente despolitizada; “hacen como un mapa de la vida privada, generan una serie de categorías, para mapear la vida privada. Y ahí construyen, o representan minorías culturales, o si uno no quiere usar el término, las diferencias nacionales, sexuales, sociales. Y esto, insisto, después de haber despolitizado esa zona” (Rinesi y González 29).

En este punto se puede observar la relevancia de Foucault, en tanto teorización sobre el poder que incluye el problema de las categorizaciones de la población a partir de un asedio de la vida desde los saberes. Con respecto a estas emergencias de figuras y las ciencias sociales, prosigue:

Se trata de una política estatal hacia la prostitución, la inmigración, las mujeres, los locos, los simuladores o impostores. Qué hacer con ellos, cómo tratarlos, encerrarlos, expulsarlos. La típica política del estado liberal. Pero para instaurar esa política, primero hay que despolitizar las representaciones anteriores. Y además explicar estas desviaciones “científicamente”. (Rinesi y González 32)

Desde esta perspectiva, se localiza el poder y sus efectuaciones en el Estado, y por lo tanto se aminora la idea de “relaciones de poder” tal como las piensa Foucault. La acentuación en el libro de Ludmer del Estado, de la coalición cultural y su literatura tiende a considerar estos centros como los que llevan a cabo, a través de la cultura, una serie de intentos de control desde los saberes. En la citada entrevista en la publicación *El ojo mocho*, Ludmer recuerda el problema teórico y metodológico del libro: constituir un campo (el corpus) y un objeto de análisis, el

cual era “el delito en cuanto el delincuente se relaciona sobre todo con el Estado”. Luego, ante una pregunta de Horacio González respecto a la relación entre literatura y el Estado, precisa que su interés sería la “relación Estado-cultura”, ante lo cual el entrevistador afirma “Pero esa relación se destaca por lo centralizante, por lo absorbente” y Ludmer responde “El saber-poder de Foucault...” (35). Además agrega, en esta línea, que en la literatura de la coalición se muestra, “la relación íntima entre las prácticas hegemónicas y los discursos legales” (27).

Hasta aquí, visualizamos una concepción de la literatura en su nexos estrecho con el poder y una relación directa entre Estado y literatura. Miguel Dalmaroni define la operación de Ludmer como un intento de re-coleccionar o des-ordenar la literatura argentina para leerla “como teatro del Estado como delincuente (y, por tanto, de la representación como maquinaria de la violencia)” (109). Sin embargo, de forma similar a *El género gauchesco*, despunta otro modo de leer que pone en fuga a la literatura de la mera sumisión al poder y a la dominación. En varios análisis de *El cuerpo del delito*, la ambivalencia o lo que la literatura dice y desnuda del poder la apartan de la convergencia lineal con los discursos de control y su sistema de exclusiones, aunque participe en buena medida. Ludmer plantea, por momentos, la prelación de la literatura (a la que a veces prefiere englobar dentro de “cultura”) con respecto al discurso científico. En la citada entrevista, realizada por Horacio González y Eduardo Rinesi, plantea cómo, junto con el sujeto positivista argentino de 1880, aparecen las figuras de los simuladores y los locos que “después van a ser el punto de partida de las ciencias sociales [...] antes de que Ramos Mejía, Ingenieros, etcétera, empiecen a pensar el problema de la simulación, aparece en la literatura” (31). En línea con esta afirmación, leemos en el capítulo V de *El cuerpo del delito* que “Los cuentos de mujeres que matan dicen algo que no se dice sino con ellas en la literatura argentina” (368) y que “la ‘realidad’ de la literatura dice más que cierta ‘realidad’ que funciona como su correlato directo” (371): la literatura “le sabe algo a la cultura” (Dalmaroni, 112), fundamentalmente muestra y le dice a la cultura su relación con el delito.



Además de dicho estatuto de la literatura ante el resto de los discursos sociales, retorna la importancia de la ambivalencia en la lectura que era clave en *El género gauchesco*. Varios personajes, tales como el científico-delincuente de “La bolsa de huesos” de Holmberg, Emma Zunz de Borges o la figura predilecta del libro, Moreira, se definen por su ambigüedad y por lo tanto por su relación de doble faz ante el poder del Estado.

A partir de estos modos de leer, la “genealogía literaria en delito” de Ludmer se diferencia de otras indagaciones que recuperan la genealogía foucaultiana desde los Estudios Culturales; si bien adscribe a varios de los supuestos de esa corriente, la reconstrucción anterior permite visualizar lecturas de la literatura como “exceso”: excede los dispositivos de control, los saberes del Estado, y también es exceso ante el sentido último de los textos. En esta línea, Ludmer y Sarlo se encuentran, dado que la primera ha criticado ciertos abordajes de los Estudios Culturales en Estados Unidos “que ven nada más que problemas de género, raza, etnia”; estrechez a la que suma algunas carencias teóricas: “no tienen un cuerpo teórico rico”, afirma (“Encuentro” 10). Así, de manera similar a Sarlo, cuestiona las perspectivas críticas que son lineales, rígidas y que visualizan a la literatura como un discurso atado sin más a representaciones elaboradas desde distintas formas de dominación.

### **Foucault y los valores de la crítica en Ludmer y Sarlo**

La reconstrucción anterior de los usos y evaluaciones de la obra del pensador francés en las dos firmas críticas que nos ocupan nos permitirá, a continuación, puntualizar en la polémica no declarada entre ambas. En el entramado de intereses y debates sobre la literatura, los estudios culturales y el problema del poder y el Estado que describimos al inicio de este trabajo, las posiciones de Ludmer y Sarlo se perfilan como contrapuestas en ciertos puntos. Tanto *La máquina cultural* como *El cuerpo del delito* trabajan en sus corpus con textos o

figuras propias de principios del siglo XX: la maestra normal en el caso del primer libro, varios textos literarios en el caso del segundo. Sin embargo y como vimos, en los análisis sobresale una diferencia fundamental que involucra, de maneras más o menos explícitas, a la perspectiva de Foucault: la valoración del Estado y los saberes asociados a él. Por un lado, Ludmer construye una imagen del Estado como maquinaria de violencia. En muchos análisis, los personajes literarios se contraponen al poder estatal; el capítulo “Cuentos de verdad” de *El cuerpo del delito*, por ejemplo, toma dos personajes delincuentes de dos autores clásicos de la literatura argentina del siglo XX: Emma Zunz del relato homónimo de Borges y Gregorio Barsut, de *Los siete locos* de Roberto Arlt. Este par está unido por el “delito común de la verdad al estado” y una serie de coincidencias: la duplicidad, el travestismo y la simulación (404).

Tanto Emma Zunz como Gregorio Barsut actúan, simulan, falsifican y con sus “cuentos” se burlan de la justicia para desembarazarse de dos delitos. Esos cuentos, “delitos de la verdad que todos creen” y “ficciones creídas”, son denuncias dirigidas al Estado para engañar a la justicia y ponen en escena una “política de las creencias”; se constituyen en actos políticos, al mostrar que “la razón del estado descansa totalmente sobre el aparato de creencias y restos arcaicos”. Los cuentos de Emma y Barsut ponen a la verdad en delito y generan enigmas en relación con la verdad de la justicia (Ludmer, *El cuerpo* 406-407). Esta lectura se reapropia del modo en que Foucault lee la tragedia de Edipo en *La verdad y las formas jurídicas*: Edipo es una figura que unía su saber y su poder de una manera condenable, un hombre del “exceso” de un tipo de saber-y-poder (49). Esta interpretación, que Ludmer enseñó en sus clases de 1985, opera en el modo en que considera la politicidad de los personajes de Arlt y Borges, en tanto reveladores de los mecanismos de obtención de la verdad a través del testimonio. Las mencionadas lecturas completan la relevancia de Foucault en *El cuerpo del delito*: una dimensión de la cultura y la literatura argentinas se comprende como parte de los saberes y poderes que articula la política estatal del estado liberal, desde la que se produjo un asedio de ciertas “desviaciones” que debían ser tratadas, encerradas y explicadas

científicamente, y otras dimensiones de la literatura constituyen “delitos” ante esa política estatal; son cuentos que desbaratan y burlan al Saber/Poder. De este modo, Ludmer trunca toda posibilidad de que la literatura forme parte de una cultura edificante, en el marco de una configuración estatal positiva, y se sirve de ciertas reapropiaciones de Michel Foucault para eso.

Las citadas clases de Beatriz Sarlo en 1986 sobre Arlt, paradójicamente, van en línea y hasta preanuncian la lectura que Ludmer realiza. En ellas, la profesora expone un marco teórico eminentemente foucaultiano para analizar las obras del escritor, y propone como hipótesis de lectura que *Los siete locos* tematiza distintas formas de poder que implican al saber: la novela aborda la pregunta de cómo alterar mediante el saber las relaciones de poder y cuál es la estrategia para hacerlo. En este abordaje, la literatura de Arlt, de forma similar a Ludmer, busca desestabilizar el poder desde una posición de despojo o margen (Sarlo, *Clases* 33-35).

En contrapartida y como vimos, la autora en los noventa modifica su posición ante los usos de Foucault en la literatura y, por lo tanto, se aleja de las figuras que atacan al poder del Estado. A los criminales de Ludmer, a las vidas infames que atacan al poder estatal, se opone la maestra normal como agente que tiene una relación más compleja con el Estado y sus saberes, un vínculo con ciertas dimensiones positivas. Las indagaciones de ambas pueden vincularse en ciertos puntos con varios planteos de Foucault en el prefacio a *La vida de los hombres infames*. Allí, el autor imagina un señalamiento crítico que podría hacerse de su trabajo de archivo que busca los documentos de sujetos asediados por el poder: según los detractores imaginados, Foucault nuevamente estaría del lado de lo que el poder hace decir, sin atravesar la línea para escuchar y hacer oír el lenguaje de los propios sujetos, de esas vidas que hablan por sí mismas. A esta objeción responde que si algo permaneció de esas vidas es justamente porque encontraron el poder y provocaron sus fuerzas; la relación con el poder, la lucha con él o contra él, el intento de escapar de sus trampas, constituye el punto más intenso de la vida, lo que les da “le peu d'éclat, le bref éclair qui les porte jusqu'à nous”. (Foucault, *Dits* 241).

La relación del trabajo de Sarlo con estas palabras no es simple: podría afirmarse, en orden a lo que la autora piensa de Foucault, que precisamente ella busca darle voz a la maestra por fuera de su relación con el poder. Sin embargo, ese otorgamiento de la voz de Rosa del Río incluye la tarea de “reinsertar esas frases en su suelo social y cultural” y la afirmación de que “ella, de todas formas, estaba presa de esas palabras porque no tenía otras”: lo que la maestra valora y dice no se separa de las determinaciones históricas, de los poderes. La clave de la distancia radica, como propusimos, en la reivindicación de Sarlo del rol benéfico del Estado. Por el contrario, Ludmer ve esa “demanda de una transformación del estado en el sentido de la justicia y la verdad” como una de las “fábulas de identidad de la cultura progresista” (*El cuerpo* 459) de la que ella se distancia en una lectura de delincuentes e infames que cometen delitos en contra del Estado y de sus saberes.

La obra de Michel Foucault, como hemos intentado demostrar, es indispensable en estas divergencias. Este diferendo, además, debe entenderse en el marco de la creciente inserción académica del autor francés a partir de la década de 1990 en Argentina y las mencionadas tensiones con el repliegue del Estado en esos años, a raíz de las medidas de corte neoliberal. Tal como señala Mariana Canavese, en varios ámbitos, pero en especial en el educativo, la crítica de corte foucaultiano a las instituciones de la modernidad tales como la escuela o el hospital entraba en contradicción con los cuestionamientos políticos al desmantelamiento de esas instituciones (*Los usos de Foucault* 193). Ante estas contradicciones, Sarlo apuesta por la reivindicación del Estado y la denuncia de su falta de eficacia en los noventa. Ludmer, por su parte, menciona algunas críticas de la violencia de la modernización argentina de esa década, en especial en su lectura de la novela *La prueba* de César Aira, pero su mirada se mantendrá crítica del Estado liberal. De este modo, la recepción particular de Foucault en ambas apuntala una oposición teórica, crítica y política: Ludmer sostiene la centralidad de la violencia como clave de lectura de la literatura y la cultura argentinas, sus héroes de los “cuentos” de delito atacan al Estado, sus poderes y saberes. En contrapartida, Sarlo defiende ciertos saberes del Estado y la posibilidad que brindan de ascenso social, mientras que defiende,



también, el valor de pensar a la literatura y a la cultura más allá de su anudamiento con el poder.

### Bibliografía

- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. *Literatura/ Sociedad*. Hachette, 1983.
- Bellotti, Alejandro. “La literatura argentina carece de riesgo. Entrevista con Josefina Ludmer”. *Perfil*, 17 de marzo de 2012.
- Canavese, Mariana. *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*. Siglo XXI, 2015.
- \_\_\_\_\_. “Entre el Estado y el mercado: usos de Foucault para pensar la escuela argentina.” *Historia de la educación*, vol. 21, no. 2, 2020, pp. 100-114.
- Croce, Marcela. “Estudios de género: dos mujeres en pugna en la crítica literaria argentina”. *Caligrama: Revista de Estudios Románicos*, vol. 13, 2008, pp. 71-93.
- Cusset, François. *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États-Unis*. Éditions La Découverte, 2003.
- Dalmaroni, Miguel. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960-2002*. RIL Editores, 2004.
- During, Simon. *Foucault and literature. Towards a Genealogy of Writing*. Routledge, 2005.
- Dussel, Inés, “El ‘efecto Foucault’ en educación: notas sobre los usos, malas lecturas y relecturas de un pensamiento”. *Usos y perspectivas de Foucault en la educación a 30 años de su muerte*. Eduardo Langer y Bibiana Buenaventura Rodríguez, compiladores. Del gato gris, 2016, pp. 21-35.
- Foucault, Michel. *Surveiller et punir*. Gallimard, 1975.
- \_\_\_\_\_. *Histoire de la Sexualité I. La Volonté de Savoir*. Gallimard, 1976.
- \_\_\_\_\_. “L’extension sociale de la norme”. *Politique Hebdo*, no 212, 1976, pp. 14-16.
- \_\_\_\_\_. *La verdad y las formas jurídicas*. Editorial Gedisa, 1996.
- \_\_\_\_\_. “La vie des hommes infâmes”. *Dits et écrits Tome III*. Gallimard, 1994.
- Incaminato, Natalí. “Jacques Derrida en Josefina Ludmer. *Clases 1985 y El género gauchesco. Un tratado sobre la patria: ley, límite, indecibilidad y*

- autorreferencia”. *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 21, no 2, 2019, pp. 173-200.
- Ludmer, Josefina. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Sudamericana, 1988.
- \_\_\_\_\_. *El cuerpo del delito. Un manual*. Perfil Libros, 1999.
- \_\_\_\_\_. *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria*, edición a cargo de Annick Louis. Paidós, 2015.
- \_\_\_\_\_. “Encuentro con Josefina Ludmer”. *Orbis Tertius*, vol. 4, no. 7, 2000, pp. 199-227.
- Montaldo, Graciela; Speranza, Graciela y Jarkowsky, Aníbal. “El estado de las cosas: veinte años de crítica argentina”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 16, no. 31/32, pp. 9-37.
- Moreno, María. “El lugar de la resistencia”, entrevista con Josefina Ludmer. *Radar, Página 12* (2001).  
<https://www.pagina12.com.ar/2001/suple/Libros/01-10/01-10-07/nota1.htm>. 20 noviembre 2023.
- O’Leary, Timothy. “Foucault’s Turn from Literature”. *Continental Philosophy Review*, vol. 41, no. 1, 2008, pp. 89-110.
- Panesi, Jorge. “Política y ficción, o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina”. *Boletín del Grupo de Estudios de Teoría Literaria*, no. 4, 1995, pp. 5-13.
- Peller, Diego. “Estertores de una década: Josefina Ludmer y Osvaldo Lamborghini en *Babel* a fines de los 80”. *CELEHIS-Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, vol. 15, no. 17, 2005, pp 97-109.
- Podlubne, Judith Gabriela. “Biografiar a Beatriz Sarlo”. *Revista Maracanan*, no. 22, 2019, pp. 164-180.
- Pol Droit, Roger. *Entrevistas con Michel Foucault*. Paidós, 2008.
- Puiggrós, Adriana. *Sujetos, disciplina y currículum en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916)*. Galerna, 1990.
- Revel, Judith. “Foucault et la littérature”. *Sciences Humaines*, no. 19, 2014.
- Rinesi, Eduardo y González, Horacio. “Los géneros de la patria. Entrevista con Josefina Ludmer”. *El ojo mocho*, no. 5, 1994, pp. 28-44.
- Rodríguez, Laura Graciela. “Cien años de normalismo en Argentina (1870-1970). Apuntes sobre una burocracia destinada a la formación de docentes.” *Ciencia, docencia y tecnología*, vol. 30, no. 59, pp. 200-235.
- Rosa, Nicolás. *Políticas de la crítica. Historia de la Crítica literaria en la Argentina*. Editado por Nicolás Rosa. Editorial Biblos, 1999.
- Salessi, Jorge. *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871-1914)*. Beatriz Viterbo, 1995.

Sarlo, Beatriz. "Raymond Williams: una relectura". *Punto de Vista*, vol. 16, no. 45, 1993, pp. 12-16.

Sarlo, Beatriz. "Los Estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa". *Revista de Crítica Cultural*, no. 15, 1997, pp. 32-38.

\_\_\_\_\_. *Clases de literatura argentina*. Siglo XXI, 2022.

\_\_\_\_\_. *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*. Ediciones Nueva Visión, 1988.

\_\_\_\_\_. *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Ariel, 1998.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).